

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Introducción Histórica	1
La Mayordomía de los Siervos del Señor ..	7
El Profeta Jeremías	14
2. Sam. 7:12—16	23
Bosquejos para Sermones	26
La Confesión Pública Preparatoria para la Santa Comunión	37
Bibliografía: Martín Lutero, por Lucien Febvre	43

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

respecto al retorno de Cristián II a la Iglesia Romana, el desacuerdo entre Felipe de Hesse y el Elector, etc.), casi todos los cardenales dijeron que Vuestra Majestad fué el ángel enviado desde el cielo para restaurar la cristiandad. Dios sabe cuánto me alegré, y aunque hacía un sol feroz cuando regresaba yo a mi casa, ¡con cuánta paciencia lo soporté! Ni siquiera lo sentía a causa del gran gozo que experimenté al oír tan dulces palabras acerca de mi señor de labios de aquellos que hace un año le vituperaban. Mi mayor consuelo fué empero observar que tenían razón; pues tal parece que Dios está obrando milagros por medio de Vuestra Majestad, y a juzgar por el comienzo que habéis hecho en sanar este malestar, es evidente que podemos esperar que el asunto resulte mucho más favorable que lo que merecen nuestros pecados." (11. 67).

LA MAYORDOMIA DE LOS SIERVOS DEL SEÑOR

Uno de los defectos más comunes en los seres mortales es su costumbre de culpar a otros por las condiciones desfavorables que se encuentran en la Iglesia de Cristo en la tierra. Nosotros no quedamos exentos en cuanto a esta enfermedad del alma. Desde que Adán culpó a Eva y Eva a la serpiente, los hombres por naturaleza están dispuestos a dirigir sus acusaciones contra otros. El rey malvado Achab, metido en la corrupción, culpó al Profeta Elías por la sequía que había azotado al pueblo del parto. Con gran enojo dijo Achab a Elías: "¿Eres tú el que alborotas a Israel?" En nosotros también existe algo de Adán, Eva y Acab, viendo la paja en el ojo de nuestro prójimo, cuando más bien debemos primeramente quitar la viga que está en nuestro propio ojo.

Como hijos de Dios y siervos del Señor debidamente y divinamente llamados, debemos hacer caso en el ejemplo de los discípulos y siervos de Jesús, que fueron informados por el Señor que uno de ellos era un traidor. No rasgaron sus vestidos ni exclamaron en voz alta los unos contra los otros, sino que preguntaron con humildad de fe: "¿Soy yo, Señor?"

Es saludable hacer esta misma pregunta a nosotros mismos, obreros en la América Latina. La pregunta debe contestarse a luz del tema de la Mayordomía de los siervos del Señor en cuanto a su tiempo, talento y tesoros. En este estudio se hará referencia particularmente a la Mayordomía de los Tesoros.

I

El tema central de nuestra predicación es el sacrificio vicario de N. S. Jesucristo. Somos los portadores de ese mensaje: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido; mas él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino: Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros".

"El pecado de TODOS NOSOTROS". El que carga con nuestros pecados es el Cordero Sacrificial. Es muy fácil presentar este mensaje de una manera simplemente profesional y mecánica.

Jesús es el Salvador de todos los perdidos. Nosotros los obreros, también siendo pobres espiritualmente, decimos: "Soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa, mientras soy cuidado y miserable y pobre y ciego y desnudo".

En nuestros corazones, como en el caso del siervo injusto, nos avergonzamos de pedir y de solicitar misericordia. Pero, tenemos el gran privilegio de aprender de nuevo que nuestra súplica descansa no en nuestros propios méritos sino en los méritos de Cristo. Hemos aprendido de nuevo del manto de justicia, aprobado por Dios y obrado en la Cruz; teñido de color rojo en la sangre del Calvario.

Debido a la gracia indescriptible de Dios, por la cual se decretó para nosotros una salvación plena y libre, no necesitamos imitar el ejemplo de José antes de presentarse ante Faraón. Después de haber estado en la prisión por un tiempo muy prolongado, recibe la noticia de que los mensajeros del palacio vienen por él. Le espera Faraón, impaciente por conocer el significado de sus sueños. Sin embargo, José no se pre-

senta ante Faraón hasta que desaparezcan las señas de la prisión. "Le cortaron el pelo, mudaron sus vestidos, y vino a Faraón". Nosotros como pecadores yacemos en una prisión más terrible, cubiertos de suciedades. Pero, aun en la presencia del Rey Jesús, más venerable y más exaltado que cualquier rey mortal, no necesitamos ninguna preparación, ninguna demora. El está presto para recibirnos tal y como somos. Ni la riqueza, ni la belleza, ni la posición social ha ganado el corazón del Salvador, mientras El nos espera en el altar. Nos ama y ha derramado Su sangre, para lavarnos, sellándose a nosotros en un pacto eterno. "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová el que tiene misericordia de ti".

Y después, oímos y proclamamos el mensaje de Cristo Resucitado: "El que fué entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación". Hemos ido a la tumba vacía oyendo al ángel: "No está aquí; resucitado ha". Esto ha dado potencia a nuestra enseñanza y predicación por Su Resurrección de entre los muertos. Nuestro mensaje del Salvador resucitado y victorioso no es vano, sino es "la potencia de Dios para salud a todo aquel que cree".

Somos partícipes de esta gracia por la operación del Espíritu Santo. Ha llamado, congregado, iluminado y santificado por los Medios de Gracia y nos regocijamos con S. Juan: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios".

El mismo Señor que mora en nosotros por Su Palabra nos hace dispuestos y capaces de cumplir con Su voluntad. Esta verdad también engrandece en nuestros corazones la gracia de Dios revelada en nuestros corazones y vidas. Ahora vivimos en Cristo y El en nosotros. Hay comunión constante entre Cristo y el cristiano. Cristo honra aún al cristiano más humilde y más pobre con Su presencia. Ocupa el asiento de misericordia a la hora del culto. Entra en la cámara con los cristianos y se arrodilla.

Por la gracia de Dios y debido a la gracia, los cristianos son paradojas vivas, como dice S. Pablo: "Como ignorados, mas conocidos; como muriendo, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como doloridos, mas siempre go-

zosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo". Los hombres nos pueden matar, sin embargo vivimos; enterrarnos, pero resucitamos; humillarnos, y somos exaltados; maldecirnos, y oramos por ellos; aborrecernos, y los amamos. Somos la hechura divina de gracia.

Dios tuvo un propósito especial al llamarnos de las tinieblas de la incredulidad y pecado, vergüenza y desesperación. Nuestras raíces respiran el amor eterno de Dios para que nosotros, como buen árbol, llevemos buen fruto. Nos ha llamado de las tinieblas espirituales a ser hijos de luz. Cristo, la Luz del mundo, brilla por y en nosotros para que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Nuestros deberes impuestos por la Ley de Dios ya no son penosos sino agradables, y podemos decir con David: "El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado".

Nuestro amor para Cristo nos constriñe, para vivir ya no para nosotros mismos sino a aquel que murió por nosotros. Un ejemplo humano pobre se encuentra en el amor de una madre o de un padre. Los hijos imparten fuerzas a los brazos que trabajan diariamente y encienden en ellos un ánimo nuevo.

Hay muchos que por no ser ni padre ni madre creen que la vida de los padres es aburrida. Opinan así porque desconocen aquel amor, y solamente aquellos que no han sentido ese amor son incapaces de comprender el gozo de una vida piadosa. Nosotros que hemos saboreado la misericordia de Dios y llegado a saber que El es bueno, en parte comprendemos esto. Sabemos por qué los cristianos, gozosos, generosos y proporcionalmente darán de sus tesoros para la edificación de Su Reino. Nuestros tesoros ya no son los nuestros, como nunca lo eran.

"Vosotros sois comprados por precio". Comprendemos esto porque nosotros ya no somos extranjeros en cuanto al amor del Señor, sino siervos leales, obreros consagrados del Señor.

II

El siervo del Señor, habiendo sido llamado por la Cabeza de la Iglesia a servirle a El en el Oficio del Ministerio, es ahora un vaso de barro en que el Señor ha derramado una abundancia de Su gracia.

Los que han experimentado la paz de la fe en Cristo, la esperanza y la luz, son los más aptos para predicar a un Salvador y a interceder con Dios por los hombres. Entre tales mensajeros aparece un hombre frágil y pecaminoso — el tesoro del Evangelio está encomendado a un vaso de barro.

Por eso en los escritos de S. Pablo se repite la idea de gratitud a Dios por la gracia dada a él, lo cual permitió que fuera un obrero en el Reino de Dios. Dijo a Timoteo: "Y doy gracias al que me fortificó, a Cristo Jesús nuestro Señor, de que me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio". El apóstol no se acuerda de su ministerio sentidamente ni se queja por haber sido llamado al sagrado ministerio. No contempla con envidia a los hombres en otras profesiones que aparentemente prosperaban más y tenían menos preocupaciones. Estaba agradecido el apóstol por sus experiencias amargas y pruebas. Siempre le dió gracias a Dios por haberlo colocado en el ministerio.

Mostró su gratitud porque su llamada a este oficio tan alto y sublime, era otra indicación de la gracia y misericordia de Dios. Era un oficio de gloria, porque el Señor le había entregado la mayordomía de los misterios del Evangelio.

Si alguna persona en el mundo ha recibido una abundancia de gracia, entonces tal persona es un siervo del Señor. Y si alguna persona bendecida ricamente por Dios desea demostrar su gratitud al Señor, la manera más tangible de hacerlo es por medio de sus ofrendas generosas y de amor con gozo. Tales personas cristianas deben ser todos los obreros de la Iglesia Luterana.

Nuestro enemigo y el adversario principal de Cristo y su Iglesia, el "león rugiente", trata de llenar nuestros corazones de piedad y compasión por uno mismo, obrando en la viña del Señor. Es sumamente fácil pensar que estamos haciendo un gran "sacrificio" como siervos del Señor. Pero tales ideas afectan la obra del Señor y hacen nuestros esfuerzos inefectivos. Ningún siervo del Señor caminando por las sendas de compasión por sí mismo será siervo valiente y militante del Señor. Tampoco será siervo agradecido del Señor, habiendo olvidado que es el Señor que ha bajado hasta el mundo, colocándole a él, hombre pecaminoso e indigno, en posición de un heraldo, y que él, vaso de barro, ha recibido una abundancia de la gracia de Dios.

La idea de que no ha de esperarse que el siervo del Señor contribuya liberalmente para la extensión del Evangelio de Cristo, es una idea nacida en el infierno; es una idea que no cabe ni en la Iglesia de Cristo ni en los corazones de los siervos del Señor.

III

El siervo del Señor está obligado, a causa de la abundancia de gracia, a ser un "ejemplo al rebaño".

En S. Lucas 12, 48 el Salvador fija un principio que no es gravoso para el siervo del Señor. "Porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él; y al que encomendaron mucho, más le será pedido".

Ciertamente se ha comprobado que el Señor nos ha dado mucho en Su gracia. En cuanto a bendiciones espirituales, El nos ha dado a nosotros, Sus siervos, a veces una abundancia superior a los demás. Por ejemplo, hay más familiaridad con los Medios de Gracia. Diariamente estamos sumergidos en el estudio del Evangelio. En consecuencia, nuestra fe debe ser más fuerte y nuestros ideales de servicio deben ser más altos. También debe ser más marcada nuestra buena voluntad para contribuir generosa y proporcionalmente. Dios espera que demos tal testimonio. El quiere mucho porque ha dado mucho.

Por eso no debe causar sorpresa si los pastores y maestros son los mejores contribuyentes en la congregación, no los más grandes, sino los mejores. Lo contrario sería más sorprendente, porque Dios les ha dado mucho.

Los siervos también están obligados a ser "ejemplo al rebaño", según el concepto de S. Pedro: "Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino de un ánimo pronto; y no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey".

Una de las responsabilidades más grandes de nuestro santo oficio es el dirigir y guiar por medio de nuestro ejemplo. El mandato de Dios es general e incluye también mayordomía de tesoros. Las ovejas bajo nuestro cargo deben poder seguirnos también en cuanto a nuestras ofrendas de manera que se glorifique a Dios.

El siervo del Señor necesita ser ejemplo no sólo para el bien del rebaño, sino por su propio bien. ¿Cómo puede un mensajero de Dios predicar y enseñar un precepto evangélico de su Señor con convicción, si él mismo no lo pone en práctica? En cambio, será tremenda la potencia y fuerza de la enseñanza de las verdades de la Palabra de Dios, si va acompañada no de corazones fríos e indiferentes, sino de una convicción personal. Suenan en nuestros oídos las palabras del Crucificado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" y "Consumado es". Oímos al ángel decir: "Este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo". También la Gran Comisión: "Id y doctrinad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Somos hijos de Dios, herederos y co-herederos de Cristo, también embajadores de Cristo, el Rey, y colaboradores con El que es la Cabeza de la Iglesia. Sabemos lo que hicieron los creyentes del Antiguo Testamento, cuyos ojos nunca vieron las maravillas que nos son reveladas en la Sagrada Escritura completa, ni conocieron el cumplimiento de muchas de Sus promesas en la historia de la Iglesia del Nuevo Testamento. ¿Podemos nosotros hoy en día hacer menos? Si el pueblo de Dios tuvo que dar el diezmo a Dios, entonces el pueblo del Nuevo Testamento, sobre todo los colaboradores de Dios en el Nuevo Pacto deben dar una ofrenda verdaderamente proporcional a las muchas bendiciones recibidas de Dios.

Todos los obreros en la viña del Señor deben darse cuenta del problema y su urgencia, y no deben vacilar, mientras están requiriendo miles de almas por falta del Pan de la Vida. No se requiere ninguna fórmula especial o experimento. El plan personal de mayordomía para los siervos de Cristo se encuentra en las Escrituras: "Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere".

El tema de la Mayordomía se presenta y se medita por la misericordia de Dios, con la ferviente oración de que el ministerio en la América Latina responda y refleje la abundancia del amor de Cristo. Que la promesa de los siervos del Señor

sea esta: "Prometo dar de las primicias de mis bendiciones al Señor. Esta dádiva de amor a Cristo que murió por mis pecados y fué resucitado por mi justificación, que me ha llamado al oficio del sagrado ministerio, derramado Su abundante gracia sobre mí, está en proporción a las bendiciones que me ha entregado." Que Dios nos ayude a cumplir con esta promesa.

F. Growcock

EL PROFETA JEREMÍAS

(Continuación)

Moisés intercede por su pueblo cuando éste pecó gravemente adorando al becerro de oro, y "he aquí que arrepintióse Jehová del mal que pensaba hacer a su pueblo" (Éx. 32:14). Samuel también reunió a todo el pueblo que había caído en grave pecado e intercedió por él en Mizpa, y he aquí: "Clamó Samuel a Jehová por Israel; y respondióle Jehová". (1 Sam. 7:8-9).

Pero con Jeremías ocurre algo muy distinto. Dios le había dado expreso mandato de que no ore ni interceda por el pueblo; Cap. 7:16: "Por tanto, no ores tú por este pueblo, ni eleves por ellos clamor y oración, ni me hagas intercesión; porque NO te oiré" también en 11:14... y otra vez en 14:11. 12...) Dios mismo le dijo expresamente: "Aun cuando se me pusieran delante Moisés y Samuel, mi alma no estaría para con este pueblo. ¡Echalos de mi vista, y salgan!" (15:1). —Pese a todo ello Jeremías no puede dejar la oración e intercesión por su pueblo. "El profeta de la **obediencia** se torna **desobediente**, pues aun contra el mandato de Dios él ora e intercede incesante y fervorosamente por el pueblo caído. Justamente después de la tercera vez que Dios le dijo que NO ORARA por el pueblo (14:11. 12), es cuando Jeremías ora con mayor fervor y unción, diciendo: "¡No nos desprecies; te lo rogamos a causa de tu nombre! ¡No deshones el trono de tu gloria! ¡Acuérdate, no anules tu pacto con nosotros!" (14:21).

Jeremías no pierde en ningún momento la esperanza de que el pueblo se arrepienta y convierta de modo que el castigo